

Este capítulo forma parte del libro:

Trayectorias universitarias (1973–2023) Experiencias docentes y administrativas en la Universidad Autónoma de Aguascalientes

**Marcela López Arellano
(Coordinadora)**



editorial.uaa.mx



libros.uaa.mx



revistas.uaa.mx



libreriavirtual.uaa.mx

Número de edición: Primera edición electrónica

Editorial(es):

- Universidad Autónoma de Aguascalientes

País: México

Año: 2025

Páginas: 244 pp.

Formato: PDF

ISBN: 978-607-2638-49-5

DOI:

<https://doi.org/10.33064/UAU/978-607-2638-49-5>

Licencia CC:



Disponible en:

<https://libros.uaa.mx/uaa/catalog/book/355>

LAS MUJERES EN LA EDUCACIÓN SUPERIOR Y EN LA UAA

Laura Elena Padilla González

Quiero agradecer a la doctora Marcela López Arellano y a la Universidad Autónoma de Aguascalientes (UAA) por la organización de estas mesas en junio de 2023 para celebrar los primeros 50 años de su fundación y por invitarme a compartir con ustedes mis inquietudes sobre la educación superior de la mujer en Aguascalientes, así como el papel que desempeñó la UAA en ello. En primer lugar, presento elementos contextuales para comprender mejor este fenómeno; después, planteo, desde mi experiencia, el abanico de posibilidades de desarrollo personal y profesional que la UAA ha venido desempeñando, no sólo para mí, sino para muchas mujeres aguascalentenses y de regiones cercanas.

El contexto

Considero que es difícil imaginar cómo se vivía en México y en Aguascalientes hace cincuenta años, es decir, en 1973, cuando la universidad se fundó a partir del antiguo Instituto Autónomo de Ciencias y Tecnología (IACT). Imaginarlo puede resultar más complicado para las generaciones que nacieron a partir de 1985 y que estarían llegando a la universidad en el año 2000, cuando el número de instituciones de educación superior (IES), al igual que las opciones de estudio en el estado de Aguascalientes se habían casi septuplicado.¹ Por tanto, para apreciar mejor lo que significó esta universidad para la educación universitaria de la mujer, en especial los primeros veinte años desde su fundación, destacaré cuatro características del contexto de esos años:

En primer lugar, entre 1950 y 1970 la población del país se duplicó, pasando de 25 a 50 millones de habitantes; una población joven que cada vez más se concentraba en las ciudades, en donde emergía con fuerza la presencia notoria de la clase media.² En segundo lugar, el reto educativo de entonces fue la educación primaria, ya que en 1970 la escolaridad promedio de la población mayor de 15 años era de 3.4 años,³ se decía que éramos un país de tercero de primaria; mientras que en 2020 la escolaridad promedio ascendió a 9.7 años, poco más de la educación secundaria.⁴ Recordemos que la educación secundaria se hizo obligatoria en México hasta 1993, con

-
- 1 Laura Elena Padilla González, Marfa de los Dolores Ramírez Gordillo y Rocío Gre-diaga, “Tendencias de crecimiento y diversificación de la educación superior en el estado de Aguascalientes”, en *La investigación educativa: lente, espejo y propuesta para la acción*, ed. por Oresta López (San Luis Potosí: Universidad Autónoma de San Luis Potosí y El Colegio de San Luis Potosí, 2009), 75-92.
 - 2 Consejo Nacional de Población (CONAPO), “La situación demográfica de México 2014”, México: Secretaría de Gobernación, 2014. Recuperado de: <https://www.gob.mx/publicaciones/articulos/la-situacion-demografica-de-mexico-2014>
 - 3 Instituto Nacional para la Evaluación de la Educación (INEE), “CS04 Escolaridad media de la población”, 2010. Recuperado de: <https://www.inee.edu.mx/wp-content/uploads/2019/04/CS04a-2011.pdf>
 - 4 Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI), 2020. Recuperado de: <https://beta.cuentame.inegi.org.mx/explora/poblacion/escolaridad/>

el programa de Modernización Educativa. Estos datos nos indican que muy pocos jóvenes llegaban a la universidad, lo que explica que, en 1970, de acuerdo con Rodríguez-Gómez,⁵ sólo seis de cada 100 jóvenes estudiase en las 115 IES que existían por entonces en el país y casi la mitad lo hacía en la UNAM.

En tercer lugar, hay que mencionar que la década de los años setenta impulsó el crecimiento acelerado y no regulado de la educación superior, como respuesta, en parte, a la problemática sociopolítica del país, como fue la represión del movimiento estudiantil de 1968 y subsecuentes; además de que se requería dar respuesta a la creciente demanda de educación universitaria de la población. Tanto el número de IES, como su cobertura, se duplicaron en esa década. Para 1980, el número de IES en el país ascendió a 305 y accedían a la educación superior 14 de 100 jóvenes,⁶ aunque, entre ellos, las mujeres representaron sólo el 30%. La participación de la mujer en la educación superior fue aumentando y para 1990 conformaban el 40% de la población estudiantil. De acuerdo con información proporcionada por el Departamento de Estadística de la UAA, en esta universidad en 1980, las mujeres representaban un poco más del 35% y en 1990 ya eran la mitad de la población estudiantil de licenciatura. En la actualidad, tanto a nivel nacional, estatal, como en la propia UAA, la representación de la mujer en el nivel de licenciatura se ha estabilizado en un 54%. No obstante, y como fenómeno que se observa a nivel mundial, siguen siendo menos las mujeres inscritas en áreas conocidas como *STEM disciplines*: ciencias, tecnologías matemáticas e ingenierías, especialmente ingeniería civil.

En cuarto lugar, en Aguascalientes, antes de 1989, a dieciséis años de la fundación de la UAA, no existían IES privadas, a excepción de la Universidad Galilea y de la Escuela de Educación Normal del Instituto Guadalupe Victoria; es decir, la oferta educativa universitaria era eminentemente pública. La Universidad Bonaterra

⁵ Roberto Rodríguez Gómez, *Expansión del sistema educativo superior en México 1970-1995*, 1998. Disponible en: http://works.bepress.com/roberto_rodriguez/24

⁶ Rodríguez Gómez, *Expansión del sistema*.

inició actividades en 1989, la Universidad Cuauhtémoc en 1993, y el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey hasta 1998. En cuanto a las IES públicas, se identificaban diez instituciones a elegir, de las cuales, siete eran de educación normal; dos eran institutos tecnológicos, el Instituto Tecnológico Regional de Aguascalientes (actual ITA), que había iniciado actividades en 1967, y el Instituto Tecnológico Agropecuario No. 20, que comenzó en 1978; así también, la propia UAA, que atendía gran parte de la matrícula en la entidad.⁷

La universidad y la mujer

Para desarrollar este punto, primero describo las oportunidades de formación que la universidad ha ofrecido a muchas mujeres, y a mí en particular. En seguida, me centro en la oportunidad laboral y de crecimiento profesional que la UAA ha significado para mí a lo largo de mis treinta y ocho años de experiencia como parte de su personal administrativo y académico.



La doctora Laura Elena Padilla González con académicas en un evento universitario.
Fototeca UAA.

7 Padilla González, Ramírez Gordillo y Grediaga, “Tendencias de crecimiento”.

¿Qué representó entonces la UAA para la educación universitaria de las mujeres?

Antes de la UAA, las mujeres que querían continuar preparándose y aspiraban a un trabajo remunerado podían optar por la carrera de comercio, las carreras técnicas, de educación normal, trabajo social y enfermería, las dos últimas ofrecidas por el IACT; cabe señalar que, en la actualidad, estas carreras técnicas se imparten ya a nivel de licenciatura. El mismo IACT, a partir de 1968, también abrió las licenciaturas en Administración y Contador Público. La mayoría de los estudiantes que aspiraban a una profesión distinta tenían que salir del estado. Las carreras que ofreció la universidad abrieron un abanico que, si bien a la distancia se puede considerar limitado, amplió las opciones de estudio, no sólo para las mujeres, sino para todos los jóvenes del estado y la región (Encarnación de Díaz, Jal., Jalpa, Juchipila, Ojocaliente, Luis Moya, Zac., entre otros), pues únicamente en cuatro años, de 1972 a 1976, iniciaron actividades ocho carreras más: Medicina y Estomatología; Agronomía y Medicina Veterinaria; Biología, Arquitectura, Ingeniería Civil y Sociología.

Para 1980, la UAA ya ofrecía diecisiete carreras, lo que evidencia el énfasis inicial que puso en el desarrollo de opciones de licenciatura, creando dos carreras por año, en promedio, en sus primeros siete años. En la actualidad, ofrece 64 opciones de licenciatura, 8 maestrías y 9 doctorados. El surgimiento de la UAA representó entonces una gran oportunidad de acceso a la educación superior para la juventud aguascalentense, principalmente para quienes no tenían los medios económicos que les permitieran salir del estado a estudiar. No obstante, las mujeres enfrentaban otro tipo de obstáculos de tipo cultural para continuar sus estudios superiores. En algunas familias se pensaba, por ejemplo, que no tenía caso que las mujeres estudiaran, porque, al fin y al cabo, se iban a casar y sería una pérdida de tiempo; ciertas carreras universitarias se denominaban incluso MMC, “mientras me caso”. Se sabía de algunos maestros que pensaban parecido y no alentaban tanto a las mujeres a que terminaran sus estudios. Además, si en la familia había escasez de recursos o se

tenían que hacer cargo de algún enfermo, se prefería que las mujeres asumieran estas tareas y fueran los hijos varones quienes estudiaran.

En lo personal, no enfrenté este tipo de obstáculos, pues mi madre siempre nos alentó a seguir estudiando y nos inculcó el entusiasmo por la lectura y el conocimiento; además, en mi casa sólo éramos mis dos hermanas y yo. Ingresé a la UAA en 1978 a la primera generación de la carrera de Ciencias de la Educación. Supe de ella cuando el Departamento de Orientación Vocacional de esta universidad fue a promocionarla a la prepa de la UAA, mejor conocida como “Prepa de Petróleos” (por su ubicación cercana a instalaciones de Pemex), en donde yo estudiaba. Me interesé por esta carrera porque, en principio, ofrecía una salida terminal como profesora de Química. La Química era mi primera opción de estudio y, de hecho, en el último año de bachillerato cursé el área de Bioquímica, dada mi inclinación hacia este campo. Pero en ese tiempo, la UAA no contaba con carreras orientadas a esta disciplina y pensé que la carrera de Ciencias de la Educación me brindaría algo más cercano a lo que quería estudiar, ya que mi familia no me permitiría salir a estudiar a otro estado. En ese entonces yo tenía diecisiete años y me veían muy joven para enfrentar ese reto. Así que, para mí, como para otras mujeres en mi situación, estudiar una carrera universitaria en el estado representó la única opción. Cabe señalar que varias de mis compañeras de la preparatoria sí pudieron salir a estudiar a otras ciudades como Guanajuato, San Luis Potosí o Guadalajara, entre otras, aunque en su mayoría contaban con familiares que las acogían o hermanos mayores que ya estudiaban en esos lugares.

Cuando se abrió la carrera de Ciencias de la Educación, contó con una gran demanda y se formaron dos grupos, uno matutino y otro vespertino. Éramos, en su mayoría, mujeres, varias de ellas ya habían cursado la educación normal, que en ese tiempo seguía siendo de nivel técnico (recordemos que se transformó en licenciatura en el año de 1984).⁸ Ya en la carrera se dio una gran deserción durante

8 Verónica Medrano Camacho, Eduardo Ángeles Méndez y Miguel Ángel Morales Hernández, *La educación normal en México. Elementos para su análisis* (México: INEE, 2017). Disponible en: <http://publicaciones.inee.edu.mx/buscarPub/P3/B/108/P3B108.pdf>

los primeros semestres y de los dos grupos se hizo uno. Por esa razón, el jefe de Departamento nos pidió que manifestáramos el interés en las diversas salidas terminales que ofrecía la carrera y, con base en ello, se tomó la decisión de dejar sólo tres: Asesoría Psicopedagógica, Administración Educativa e Investigación Educativa; la opción de profesora de Química había sido suprimida. No obstante, no me desanimé, sentía que el campo de la investigación educativa era afín a mis intereses y opté por ella.

Al finalizar la carrera, éramos aproximadamente cuarenta compañeros, cerca de treinta estaban en Asesoría Psicopedagógica, y de ellos, sólo uno era varón; dos estaban en Administración Educativa, un hombre y una mujer, y en el área de Investigación Educativa egresamos diez compañeros, tres hombres y siete mujeres. Con el tiempo, estas dos últimas áreas desaparecieron, aunque la Investigación Educativa se convirtió en la primera maestría de la propia UAA, que inició actividades en 1992, dentro del Padrón de Posgrados de excelencia del CONACYT. Estas dos áreas reflejaban, de algún modo, la visión que tuvieron los impulsores de la apertura de esta carrera: por un lado, el doctor Luis Manuel Macías López, cuyo foco era la Asesoría Psicopedagógica, y por el otro, el licenciado Felipe Martínez Rizo, centrado en la Investigación Educativa. Ambos fueron grandes maestros para mí y de hecho fueron mis tutores de tesis de licenciatura. Fui la primera en graduarme de mi generación y me fue otorgada la mención honorífica.

En el área de Investigación Educativa, como presencia femenina entre el personal académico, destaca la profesora Margarita Zorrilla Fierro. La mayoría de nuestros profesores eran hombres; en el área de Asesoría Psicopedagógica se contaba con mayor presencia de mujeres, aunque en ese entonces no demasiadas. En ese momento, en la UAA solamente una cuarta parte del profesorado universitario, es decir, sin contar el centro de Enseñanza Media, se constituía por mujeres, aunque había diferencias por centro académico. Entre 1995 y 2005, esta proporción femenina ascendió a poco más de una tercera parte (37%), aunque los centros Económico-administrativo, de Ciencias del Diseño y la Construcción y el

Centro Agropecuario, mantuvieron un porcentaje de 25% o menos de mujeres como parte de su personal académico.⁹

El dato más reciente que encontré en la página de transparencia de la UAA fue para el año 2016, en donde se informa de un total de 1,564 profesores universitarios, de los cuales, el 41.2% estaba conformado por mujeres. No obstante, en las áreas arriba mencionadas se mantuvo un porcentaje mucho menor y sólo en los centros de Ciencias de la Salud y de Sociales y Humanidades se observó un porcentaje equilibrado por género dentro de su profesorado. En los informes recientes de la UAA, disponibles en su página web, no se presenta la información desagregada por género del personal académico. Es decir, los datos encontrados indican que el acceso a la educación superior de la mujer ha sido más tardío que la del hombre, pero el acceso a la profesión académica ha sido aún más difícil para la mujer, especialmente para plazas de tiempo completo, y no sólo por la posibilidad del acceso, sino en cuanto a la permanencia y la promoción.

Durante los últimos semestres de la carrera fui invitada por el departamento, al igual que otros compañeros, a dar clase en las carreras de nivel técnico de la propia universidad, con lo que inicié mi actividad laboral en ella, contratada por hora/clase, esto es, profesora por asignatura. Desde el inicio de mis estudios, yo tenía metas muy claras: quería estudiar, de preferencia hasta un posgrado, trabajar y formar una familia. Yo trabajaba y estudiaba al mismo tiempo y no veía problema en después seguir combinando actividades. Recuerdo que algunas personas allegadas me preguntaban que si iba a seguir trabajando cuando me casara, o bien, si me iban a dar permiso para hacerlo. En fin, éste fue un camino que me tracé, no tiene que ser el camino de todas, y que la universidad me permitió transitar, no sin ciertas vicisitudes, por lo que le estoy y estaré siempre muy

⁹ Laura Elena Padilla González, “La participación de la mujer en el profesorado universitario en Aguascalientes”, en *Línea curva. Historias de mujeres en Aguascalientes*, coord. por Yolanda Padilla Rangel (Aguascalientes: Instituto Aguascalentense de las Mujeres, 2007), 227-243.

agradecida. A continuación, describiré mi experiencia laboral y de desarrollo profesional como parte del personal de la UAA.

La universidad representó una importante fuente de empleo

Un número significativo de los egresados de las primeras generaciones de la mayoría de las carreras nos quedamos a trabajar en la propia universidad, que se encontraba en pleno crecimiento. Cabe señalar que los cinco hombres que egresaron en mi generación se incorporaron a la UAA, así como, en diferentes momentos, cerca de diez de las treinta mujeres que egresamos. Cuando me gradué en 1983, entré a trabajar, primero, como asistente, y luego, como jefa del Departamento de Apoyo a la Investigación, aunque sólo éramos una secretaria, la asistente y yo. Este departamento era de reciente creación, pertenecía a la Dirección General de Asuntos Académicos; fui invitada a laborar por el doctor Luis Manuel Macías López, quien era el director. Con su orientación, trabajé durante diez años para impulsar una de las funciones básicas de la universidad: la investigación.

La investigación necesitaba mayor atención organizacional para que el profesorado formado para ello la pudiera desempeñar de manera habitual, contando con el apoyo de la estructura universitaria, pues, como ya mencioné, durante sus primeros años, la universidad requirió centrarse en la función de docencia. Se impulsaron también programas de formación en investigación del personal académico de los Centros Académicos para que pudieran incorporarse exitosamente a la labor investigativa. Debemos recordar que en 1984, a nivel federal, se creó el Sistema Nacional de Investigadores, y los programas de evaluación institucional de las universidades comenzaron a tomar como un indicador importante el desarrollo de esta función institucional. Lo anterior en concordancia con las nuevas políticas mexicanas de la época que reflejaron el paso del estado benefactor al estado evaluador, y la gestión del

ingreso de México a la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE).

Fue un trabajo de retos en donde estaba todo por hacer. Nos daba fuerza el gran espíritu de equipo que prevalecía en la Dirección de Asuntos Académicos y el liderazgo participativo que ejerció el doctor Luis Manuel. De los cinco jefes de departamento de esta dirección, tres éramos mujeres. Cuando el doctor Luis Manuel dejó la Dirección en 1993, al ser nombrado rector del Seminario Diocesano de Aguascalientes, la Junta de Gobierno de la universidad me designó directora de Asuntos Académicos a partir de una terna. Fui la primera mujer en este puesto, mismo que continué desempeñando en el siguiente periodo rectoral, encabezado en ese entonces por el licenciado Felipe Martínez Rizo, quien, con su visión, capacidad, entusiasmo y dedicación impulsó una gran mejora universitaria. Con este apoyo pude coordinar innovaciones en el currículo, en programas de desarrollo de habilidades del pensamiento y en los programas de formación y evaluación del personal académico.

Cuando fui contratada por la universidad, enfrenté nuevos obstáculos, al igual que mis compañeras que también se incorporaron al medio laboral, cuando debimos combinar la vida laboral con casarnos y tener hijos. No fue fácil, pero con apoyo familiar y el acceso a servicios del estado, como guarderías, algunas lo logramos. Durante los años ochenta y principios de los noventa, estando todavía en el Departamento de Apoyo a la Investigación, continué en forma simultánea dando alguna clase por asignatura, también realicé una maestría en Investigación en Ciencias Humanas, que la propia universidad ofreció de manera interna a su profesorado, y concursé para obtener una plaza académica. Cuando fui designada, poco tiempo después, en 1993, como directora, y queriendo realizar de la mejor manera esa labor, suspendí la actividad docente por un tiempo. En ese mismo periodo me casé y tuve a mi hija y a mi hijo; además, sufrí uno de los golpes más duros de mi vida, murió mi madre. De hecho, el día que ella falleció, yo tenía programado mi examen de grado de maestría, mismo que se pospuso unos días. Al recordar esos años con algunas amigas de la carrera que tuvimos una

trayectoria similar, no dejamos de preguntarnos el cómo fuimos capaces de hacerlo todo...

Una preocupación de la UAA fue la formación de posgrado de su profesorado, que surgió en forma particular a partir de 1984, con el establecimiento del Sistema Nacional de Investigadores, el cual enfatizaba la formación del posgrado y la publicación científica como requerimientos clave para la incorporación de sus miembros. En parte, por ello, la UAA se orientó a impulsar estos aspectos entre los miembros del personal académico, ofreciendo programas de posgrado en su interior, o bien, otorgando apoyos y tramitando becas para que se siguieran formando. Esto me permitió combinar mi trabajo con el estudio de una maestría, ya casada, estando embarazada y con una hija pequeña. Me gradué a principios de 1991 y con ello iba acercándome a mi meta de formación de posgrado. Como ya mencioné, los siguientes ocho años me aboqué a la dirección académica, pero en 1999 pude concretar otro de mis objetivos, iniciar el doctorado que estudié en una universidad de los Estados Unidos y del cual me gradué en 2003.

Esta experiencia fue posible gracias a que en 1996 la Subsecretaría de Educación Superior e Investigación Científica de la SEP estableció el Programa de Mejora del Profesorado (PROMEP), que dirigió sus esfuerzos, entre otros, a otorgar becas a profesores para que obtuvieran su doctorado en instituciones nacionales o extranjeras diferentes a las de adscripción institucional. En ese entonces, en las universidades del país se daba mucho la tendencia a la endogamia académica, tanto en la forma de ser contratado por la propia institución donde se había estudiado la licenciatura, o bien, ya siendo contratado por la institución, estudiar los posgrados en la propia institución de contratación.¹⁰

Esta endogamia académica, si bien tiene aspectos positivos, en un punto llega a empobrecer la visión y acción institucional, quedando en lo que algunos estudiosos definen como institución

¹⁰ Rogelio A. Fernández Argüelles, Martha E. Cancino Marentes y Aurelio Flores García, “La endogamia académica universitaria en México. Hacia una valoración del riesgo”, *Revista Fuente*, núm. 5 (2010): 62-63.

“parroquial”, en oposición a las instituciones denominadas “cosmopolitas”, que están más abiertas a las tendencias de vanguardia.¹¹ Obtuve una de estas becas PROMEP después de haber acreditado el TOEFL y el GRI, exámenes que me requirió la institución en la que quería estudiar el doctorado, además de cumplir con todos los otros requisitos. Una vez aceptada, pude solicitar dicha beca y trasladarme a un nuevo país a continuar mi desarrollo profesional. Esta experiencia resultó muy enriquecedora, tanto para mí, como para mis hijos, a pesar de todos los obstáculos a vencer. Uno muy importante fue el idioma; de hecho, muchas becas se quedaban sin utilizar porque la mayoría de los posibles candidatos interesados no cumplían el requisito del puntaje en el idioma inglés.

Al regresar del doctorado, me dediqué a fondo a la vida académica en el Departamento de Educación del Centro de Ciencias Sociales y Humanidades, centrándome en dos de las funciones básicas de la universidad: la docencia, tanto de pregrado como de posgrado, y la investigación. Estos esfuerzos me permitieron ingresar al Sistema Nacional de Investigadores en 2005, en el que permanecí en forma continua hasta mi retiro, habiendo logrado llegar al nivel II en los procesos de evaluación a los que periódicamente somos sometidos todos los miembros del sistema. Durante los diecisiete arduos años de labor académica, colaboré como miembro de los consejos académicos de la maestría en Investigación Educativa, del doctorado en Ciencias Sociales, impulsé la apertura en 2014 del doctorado en Investigación Educativa y fui secretaria académica de su consejo académico.

Todos estos posgrados fueron aceptados y eran periódicamente evaluados en el Padrón de Posgrados de Excelencia del CONACYT, en el que se mantuvieron por sus niveles de excelencia. También fui líder de un cuerpo académico en este departamento, llegando a ser evaluado por la SEP como consolidado. Todos estos indicadores se señalan en forma simple, pero detrás de ellos se encuentra el trabajo de todo el personal académico que colaboramos en ellos, en

11 Lowell Hargens y Grant M. Farr, “An examination of recent hypothesis about institutional inbreeding”, *AJS* 78, núm. 6 (2014): 1381-1402.

su mayoría mujeres. Fueron años muy satisfactorios y productivos, aunque también nos sentíamos abrumados de trabajo; solíamos decir que no trabajamos de tiempo completo, sino de tiempo repleto.



La doctora Laura Elena Padilla González como directora de Asuntos Académicos de la UAA con su equipo de trabajo. Fototeca UAA.

Para terminar, quiero destacar que la universidad fue para mí ese agradable espacio físico y de desarrollo personal, profesional y laboral al que dediqué mi vida. Me permitió estudiar mi licenciatura, me ofreció un trabajo con el que conté durante treinta y ocho años hasta mi jubilación, y me brindó la oportunidad de, combinando con el trabajo, estudiar una maestría en la propia UAA, así como estudiar un doctorado en los Estados Unidos. He tratado de destacar estos logros para señalar que, aun siendo mujer, fui capaz de realizarlos. Aunque no daré datos específicos, en todos estos indicadores de rendimiento académico y de logros del profesorado, tanto a nivel nacional como en nuestra universidad, se dan diferencias entre hombres y mujeres. Entre el personal académico, los hombres son mayoría; de la misma forma, entre quienes tienen un doctorado y entre quienes ingresan y permanecen en el SNI. Esto se da particularmente en las disciplinas que ya he mencionado. Igualmente, el mayor número de puestos de alto nivel ha sido y es ocupado por personal masculino. En todo ello se evidencia la desigualdad estructural

entre hombres y mujeres que, a pesar de haber avanzado en cierta medida, se sigue manifestando.

Al resaltar estos logros, no quiero decir que a lo largo de esta travesía no haya habido que enfrentar dificultades, todo esto ha requerido mucho esfuerzo y siendo mujer más, a pesar de que en nuestra área predominamos las mujeres. Hemos visto que señalar situaciones de acoso no es fácil, y que cuando se denuncian, en ocasiones se hace una revictimización de quienes sufren este acoso. A pesar de que la universidad ha generado procesos y organismos que tienden a prevenir y eliminar el acoso de cualquier tipo, debido, en parte, a que este tipo de programas son también indicadores de calidad institucional, se tienen importantes retos que enfrentar para seguir fomentando la participación, la equidad, la no violencia, el egreso entre el estudiantado y desarrollar políticas para ello. Lo anterior aplica también para el personal académico y sus políticas de ingreso, promoción, evaluación y permanencia. Es importante estar vigilantes y facilitar la aplicación de la normatividad y de los protocolos que se han creado para lograr la universidad que queremos.